

Pregón de Navidad – Belén de Begonte – Diciembre, 2008

Tengo que comenzar dando las gracias por esta invitación a la parroquia de Begonte, a todos los que decidieron esta invitación, al Sr. Obispo de Mondoñedo, cuya cercanía y fraternidad hace visible hoy otra vez estando aquí y que es una muestra de profunda fe y sabiduría, ya que quiere manifestar cómo es grande la unidad que existe entre todos nosotros más allá de las circunscripciones de municipios e incluso de diócesis y cómo formamos una sola cosa de manera sin duda misteriosa pero verdadera.

Y dar las gracias por el honor que se me hace; es el pregón número 37, si no me equivoco, el que hoy se celebra y, si ya siempre es un honor singular poder hablar del misterio de la Navidad, ser llamado a decir y a proclamar, aunque sea brevemente, algo de las bellezas de este misterio pues lo es particularmente para mí en Begonte, en donde una tradición ya tan larga me precede en esta tarea y, de alguna manera, honra hoy mi presencia al permitirme unirme a tantos nombres dignos de todo el respeto.

Cuando celebramos así el inicio, el encendido, el comienzo de la vida del Belén de Begonte estamos haciendo un gesto que proviene de una fe profunda y que está cargado de alegría. Nosotros acabamos de oír hoy invitaciones constantes a la alegría, hacer un belén es un signo de alegría. El primero que lo hizo, aunque no haya certeza sobre esto, fue S. Francisco de Asís, lleno como estaba él de la alegría de lo sucedido en Belén. Pero reproducía lejanamente la alegría del día de Navidad, cuando los pastores acudieron, cuando los Reyes Magos se movieron desde lugares lejanos, cuando incluso los ángeles del cielo unieron, de manera visible, cielos y tierra con sus cantos. Lo que se celebra en Navidad puso en movimiento cielos y tierra, gentes sencillas y también gentes sabias, y a todos los llenó de alegría. Hacer un belén es participar de este movimiento. También nosotros, por así decir, hacemos un gesto de volver la mirada, volver nuestros pasos, el trabajo de nuestras manos, dedicamos un tiempo a hacer un viaje hacia Belén, poniendo el nacimiento, y tanto más un nacimiento como el que aquí, grande, fruto del trabajo y el esfuerzo de tantos, pues, se pone. Participamos de una procesión, de una alegría secular. Como todos ellos, nosotros celebramos el misterio de la Navidad.

¿Por qué tanta alegría? No todos tuvieron alegría. Por tanto, ¿por qué tanta alegría?. Si no todos la tuvieron, es que es posible no tenerla, es posible no verla o no sentirla. Y sabemos que no todos se alegraban del nacimiento de Jesús, del Hijo de Dios

en Belén. También hubo violencia e injusticia, también hubo persecución y muerte. Conocemos toda la Historia, y en todos los belenes está el castillo del rey Herodes. Y todos los niños desean ver a los soldados en las almenas del castillo del rey Herodes. Y a todos de niños nos parecía que sin el castillo faltaba algo. Y era verdad; sin el castillo falta algo. Porque no todos se alegraban, porque aquella profunda novedad interpeló, causó gozo, trajo paz, pero también pudo causar inquietud y hacer que violencia y muerte se extendieran, ciertamente, por lo que brotaba del corazón de alguno.

Es bueno recordarlo, porque la Navidad nos dice que ha nacido el Salvador y que por tanto esta profunda tentación de la violencia y de la injusticia ya no podrá dominar la existencia de los hombres. Es lo primero que nos dice. Como comentaba S. Pablo hablándonos hoy decía: “que Dios os llene de paz, enteros, el cuerpo y el alma y el espíritu y todo lo que sois y os guarde en su paz, hasta el día de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, que es fiel y que vendrá” Esta afirmación quiere decir que nosotros, ya desde el día del nacimiento del Señor, sabemos que tenemos un Salvador, que vendrá, y que esperamos cielos y tierra en los que habitará la justicia y estamos seguros de que veremos, con nuestros ojos, cielos y tierras nuevos en los que habitará la justicia; y que, suceda lo que suceda, y por fuerte que parezca en estos tiempos la muerte o la oscuridad, en todos los tiempos, sin embargo nosotros esperamos otra cosa, más grande que toda injusticia, una justicia mayor, una luz y un afecto y un amor más grande que toda oscuridad, y una vida más grande que la muerte.

Eso lo esperamos porque hemos visto el misterio de la Navidad. Y ahí es donde el hombre se sorprende, dice pero cómo viendo a un niño pequeño, cómo es posible que digas espero una vida más grande que la muerte y una luz, es decir, un amor, un calor verdadero, un afecto, una inteligencia, una verdad, más grande que toda la oscuridad que a veces pesa sobre la vida. Y cómo puedes decir que esperas al Señor y Salvador que dominará al final y que instaurará cielos y tierras llenos de justicia, sólo porque un niño ha nacido en las pajas de Belén. Esta profunda desproporción es lo último a lo que yo querría ahora dedicar unas palabras, al inicio de este nuevo año del belén en Begonte.

Sabemos que es el Hijo de Dios el que nace en Belén. Pero esta es la misma desproporción, el Hijo de Dios nace como un niño pequeñito en unas pajas en Belén, perseguible por soldados, visible para los pastores. Aquel que es más poderoso que todo cuanto podamos imaginar puede ser aquel niño pequeño. Aquel que es el Altísimo, el Soberano de cielos y de tierra, puede nacer en esta fragilidad, en la fragilidad de un niño

pequeño, parece increíble. Aquel que es el Creador de todas las cosas. Aquel que nos mantiene en el ser. Aquel que hace que existan cielos y tierra, mares inmensos, estrellas lejanas, que yo exista. Aquel que hace todas estas cosas puede necesitar ser amamantado por la Virgen. Pero cómo puede necesitar nada, cómo puede ser que Dios quiera recibir de mi mano, de la mano de la Virgen María, de la elegida, representante de la Humanidad, pero de la Virgen María, recibir de la Virgen María el alimento. Aquel que nos da a todos el ser, aquel a quien pedimos la bendición de todas las comidas, cuando las bendecimos. Y Él ha de recibir de la mano de una Virgen, de una mujer, la leche del sustento de cada día. ¿Puede Dios ser así? ¿No es una cosa sorprendente? Pues esta realidad sorprendente es la más bella de todas, es la que ilumina y la que provocó la fe de todas las generaciones, y la que los cristianos nunca quisieron perder. Significa, evidentemente, que Dios quiso que le diéramos de comer los hombres, que Dios quiso nacer pequeño. Esta realidad sólo es comprensible cuando nos damos cuenta de que Dios siempre y sólo, constantemente y eternamente, es Amor, Amor de una manera infinita e ilimitada. Y para hacerse comprender y querer por los hombres puede ir infinitamente lejos, ilimitadamente lejos, y hacerse todo lo pequeño que pudiéramos imaginar. Y cuanto más pequeño se hace, más amor muestra. Y cuanto más en nuestras manos se pone, más quiere hacernos comprender hasta qué punto le importamos. Y cuanto más humano, más sencillo, más necesitado se nos quiere aparecer y ser entre nosotros, más nos da a comprender la inmensidad de su amor. Porque quien da mucho, ama mucho. Quien es muy rico, inmensamente rico, y es capaz de dejarlo todo, de abandonar todas las comodidades y todas las riquezas, es que ama mucho. Aquel que es el Eterno que quiere ponerse en manos de la Virgen María y ser alimentado por ella, es que ama mucho, y no sólo ama mucho, sino que le importamos mucho.

Desde entonces, todos los cristianos hemos sabido dos cosas: Una, que hay en el amor y en la vida de los hombres algo de valor inapreciable, nadie lo hubiera pensado. Es posible que en el ser pequeño de los hombres pueda expresarse el infinito del amor divino, es decir, en el gesto de amor de un hombre cualquiera o de una mujer puede haber una inmensidad de grandeza tan grande, tan profunda que puedas decir: esto verdaderamente viene de Dios. La Virgen daba de comer al Niño, como tantas madres dieron de comer al niño. Pero en aquel gesto estaba la inmensidad del amor. Y desde entonces se hizo como sagrado, pudimos los hombres comprender hasta qué punto podía ser sagrada la vida humana. Y hasta qué punto los gestos pequeños en los que el

hombre vive podían estar profundamente cargados de amor y de significado. Y que el más pequeño de todos podía ser inmenso a los ojos de Dios y, por tanto, podía ser, en verdad, inmenso.

Y cuando la virgencita echó dos reales en el tesoro del templo de Jerusalén, Jesús que lo veía dijo: Está echando muchísimo, ha hecho un ... inmenso. Había echado lo que tenía, era poquito. Pero que el hombre que tiene poquito pueda dar todo lo que tiene es considerado por el Señor igual que si tuvieras mucho y dieras todo lo que tienes. Y así el hombre pequeño se va haciendo, reconociendo como un lugar en el que verdaderamente el amor divino puede expresarse, y yo diría más, donde el amor divino se expresa del modo más bonito posible que nosotros podamos imaginar, Dios quizá pueda imaginar otras cosas, pero nosotros difícilmente podemos imaginar algo mejor. Y lo decimos en el matrimonio, cuando decimos: Yo te voy a querer, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza; no, en la riqueza y en la salud, también en la pobreza y en la enfermedad. Y ¿dónde es el amor más bello? ¿en la pobreza o en la riqueza? Puede ser igual de bello, pero..., en la pobreza y en la riqueza, claro; pero cuando tú amas a una persona y estás al pie de su lecho porque está enfermo y a lo mejor ya no va a sanar, pero lo estás cuidando con cariño todos los días; ese amor es magnífico. También es magnífico un vuelo a las islas Seichelles, a estar sentado en la playa tomando el sol, puede ser igual de magnífico; pero, cuidando a aquel a quien quieres se hace singularmente bonito el amor. Dios nos enseñó que el amor, que la vida del hombre tiene una grandeza peculiar precisamente por lo frágil, por lo pequeña, por lo llena de sufrimientos que está. Y que lo que se puede hacer en la pobreza no se puede hacer en la riqueza. Y que el amor que muestras en la pobreza tiene algo que no tendrá nunca aquel que no pueda hacer ese gesto de sacrificio que va dentro de la pobreza, y que sólo nade siempre en la abundancia. De esta manera, nos mostró el Señor que Él es Amor, pero que nosotros estamos llamados a vivir inmersos en un mismo amor, que es el suyo, que pueda hacer sagradas todas las cosas.

Y así se comprende que en el Belén de Begonte estén nuestras casas, que pueden ser sagradas, que han sido hecho sagradas porque el hombre fue hecho el templo de Dios, al nacer el Hijo de Dios del seno de María. Y entonces nuestras casas están en el Belén de Begonte también, estaban las casas de Judea, y las nuestras, y las de cualquier hombre. Y los trabajos de entonces, pero los trabajos nuestros también, cargados de la misma dignidad, llenos de la misma esperanza; porque pueden ser hechos con el mismo

amor y la misma fe. Y puede estar el oleiro y puede estar aquel que es gallego de toda la vida y que nunca estuvo en Judea. Porque el Señor es también el nuestro.

Por eso, el Belén de Begonte es como un signo de todos los belenes que estamos siempre invitados a poner en nuestras casas. Es un gesto lleno de alegría; no porque olvide los sufrimientos y las penas, no porque olvide que también puede haber quien preferiría no celebrar o no sabe alegrarse de la Navidad, no porque tengamos que olvidar nada; sino porque sabemos que más allá de todas las estrecheces, dentro de todas las penas y los sufrimientos; nosotros seguimos, sabiendo que esperamos el bien, la justicia y la verdad, y que dentro de nuestros gestos, de nuestras casas, de nuestros sufrimientos y trabajos, puede estar el amor verdadero que viene de Dios ya para siempre. Y que por eso podemos estar alegres. No habría alegría si tuviéramos que cerrar los ojos a las dificultades de la vida. No habría alegría si tuviéramos que tener miedo de nuestro pecado, de nuestro mal, de una condena posible, de que no fuéramos dignos, de que no fuéramos amados. Pero el belén, el misterio de la Navidad, nos dice que puede haber alegría. Porque puede haber amor en el sacrificio, alegría en todas las circunstancias. Porque puede haber perdón y misericordia para todo pecado. Porque nosotros hemos sido verdadera y definitivamente amados, cuando el Señor quiso nacer como un niño pequeño del seno de la Virgen María. Pues que Él nos guarde en esta alegría siempre, que nos haga lúcidos e inteligentes de las circunstancias de la vida y que ayude a la parroquia de Begonte y a todos los que con ella colaboran a seguir manteniendo este faro encendido que brilla en el medio de la Tierra Llana, da nosa Terra Cha, que brilla, que invita, que sacude, que ayuda a las casas, a las conciencias y a las personas a recordar la Navidad. Que invita a poner el nacimiento, que invita a visitarlo y a alegrarse de nuevo con el misterio de la Navidad.

Por eso que el Señor guarde y premie a quienes hacen el Belén de Begonte, que los guarde y los premie ahora; y que a nosotros nos premie también haciendo que lo sigan construyendo, aumentando, mejorando, haciendo más bello cada año que pase.